

de juez, de doctor en medicina, de militar, de sacerdote, de escritor público, de gobernante, de excursionista, de viajero, de lo que queráis. Por espíritu fuerte que lo consideréis, apenas habrá semana, en que su ánimo no se haya visto intranquilo por una pequeñez cualquiera; indudablemente que su fe y su sano juicio, habrán recibido algún quebranto, por hechos que aquí latados lógicamente, no ameritan el más pequeño rato de disgusto, pero que cual corriente eléctrica, han ido á repercutir en su cerebro ó en su alma, en forma de nota romántica, que ha impreso en ellos un recuerdo doloroso.

El triunfo de un Pasteur cuando vence al microbio de la rabia y sana al enfermo, se desvanece en nota romántica, al otro día, cuando ve morir irremediablemente á otro enfermo, víctima de la misma enfermedad y del mismo microbio.

La vanidad de un Napoleón I, demolidor de tronos y creador de reyes, se desvanece en nota romántica, cuando, preso en Santa Elena, se considera abandonado y traicionado por aquellos que le debieran su fortuna y su bienestar.

El orgullo y la omnipotencia de Felipe II, se pierden en la nota romántica de su muerte, cuando adivinó en los príncipes que lo rodeaban, la horrible repugnancia que les sobrecogía al contemplar un cuerpo todopoderoso, comido por los parásitos, y una alma de bronce, minada por los remordimientos.

La frase de César al recibir la puñalada "¡Tu quosque Brutus!" es la expresión más gráfica y elocuente del dominio del romanticismo.

La nota triste y alegre del romanticismo puebla los ámbitos del mundo y se impone á las naturalezas más vigorosas y más firmes, penetra intempestivamente en el cerebro humano, invade la red nerviosa, oprime el corazón hasta cortar el aliento y se esparce y desvanece en forma de sonrisa, de placer ó de dolor.

El romanticismo es hijo de lo desconocido, de lo imprevisto, de lo extraordinario.

¡Oh, sí, el romanticismo existe!

III

Al romanticismo se debe, indudablemente, la refinación del amor, de ese amor que fué por tantos siglos, adorado en su forma natural, prosaica, casi bestial. En auxilio del amor, vinieron todas las elegancias de la musa. Se abandonó el escenario de los sátiros, las bacantes, los caramillos, las venus desnudas, para dar acceso al arte de la palabra y de la forma, que prepara el desenlace natural, con miles de impresiones nerviosas, que nos hacen disfrutar multiplicadamente de las delicias de la sensación física.

Actualmente, el rubor de una virgen y la inquietud de un mancebo, al cruzar sus miradas y apreciarse sus mutuos sentimientos, son romanticismo puro, como lo es la frase galante, la solicitud obsequiosa, el interés que se demuestran, las cartas que se escriben, las promesas que se hacen, la fidelidad que se guardan, los besos que se transmiten; pero quitad esto á ese instinto de aproximación que se llama amor, y volveréis al amor clásico del pastor Daphnis, que se refocila con Cloe, entre el crecido zacatón de un collado.

Poned la mano en la conciencia y obligad á vuestro sereno juicio á responder: ¿Se condenará, como ridículo, alguna vez, el amor de la mujer de Magdala hacia su Cristo, y la inolvidable expresión de éste: "¡Te perdono mujer, has amado tanto..."! ¿Podrá reprocharse al prosélito de Mahoma, al sacrificio heroico de su vida por la promesa del espléndido harem del Paraíso? ¿No son perdurables, los amores de Santa Teresa, el Dante, Petrarca, Tasso, Hero, y Leandro, Pablo y Virginia, Julieta y Romeo, Eloisa y Abelardo? ¿Morirá nunca, esa, aunque ridícula sublime pasión por Dulcinea del Toboso? ¿Morirá Coseta? ¿Morirá Graziella? ¿Morirá Marianella?

No, ni esas ni otras muchas personificaciones del amor poético y bello, podrán morir jamás. El romanticismo

nos tiene cogidos de la mano y nos lleva, como esclavos, por la senda espionosa de los innumerables sufrimientos que trae consigo la vida material.

Quitadle al niño el romanticismo de sus cuentos de las Mil y una Noches, Simón el Bobito y la Cenicienta, y le quitaréis las dulzuras de sus tiernos primeros años; quitadle al mancebo, el idealismo y la pureza de su pasión por la doncella elegida, obligadle á desistirse de su creencia de que aquella mujer que adora es otra María de Jorge Isaacs, y le arrancaréis la bondad del alma, para convertirlo en un pária peligroso y repugnante; quitadle al jefe desu hogar, el romanticismo de la creencia de que la mujer que tiene, es la que más lo ama y la que le ha entregado su virtud para siempre, y habréis desequilibrado la sociedad entera; quitadle, en fin, al anciano, que cada vez se ve más solo, el purísimo y desinteresado amor por sus nietos y la romántica creencia de que éstos lo adoran y lo han de recordar, aun cuando se haya ausentado, y lo convertiréis, de un ser venerable é infinitamente interesante, en un ser estorbo y absurdo.

Y si de los actos comunes y cotidianos de la vida, es imposible apartar la influencia del romanticismo, más lo es de la literatura.

Para ejemplo vivo de esta seguridad, examinad la obra literaria del año de 1880 á la fecha, y encontraréis, que fuera de uno que otro volumen de autores, que se empeñan en ser obscenos—y no saben que á las pocas páginas son aborrecidos y lanzados por la ventana, al arroyo,—todos aquellos literatos realistas y aun naturalistas, de buena fe, no han podido substraerse á la influencia del romanticismo, y en lo más intrínseco de su labor brota una página inspirada, libre, brillante, que les procura el perdón de los demás.

Preguntadle de esto á Balzac, el maestro de los realistas, y os dirá que aparte de los actos comunes y vulgares de la vida, aparte del estudio psicológico del corazón, hay sentimientos incomprensibles y misteriosos que se sobreponen á la materia y constituyen la ilusión y la poesía.

Poned en un platillo de la balanza á esas soñolientas imaginaciones de los clásicos griegos y romanos y los Corneille, los Racine, los Molière y los Góngora, que pulieron el verso y la palabra hasta formar blocks monumentales, que cual otras pirámides egipcias, poco expresan de lo que quisieron expresar, y poned en el otro platillo la obra de Moisés, de los profetas y de Cristo, con sus tradiciones y parábolas, su lenguaje pitoresco y sentencioso; poned la mitología india, los versículos de Mahoma, los cuentos persas; poned á Shakespeare, á Chateaubriand, á Cervantes, á Musset, á Young, á Lamartine, á Poe, á Rousseau, á Longfellow, á Victor Hugo, á Dumas, á Gauthier, á Beecher-Stowe, á Eugenio Sue, á Julio Verne; poned á Gustavo Doré, á Miguel Angel, Leonardo de Vinci, Giotto, Perugino, Ticiano, Correggio, Sarto, Raphael—entre los cuales hay clásicos románticos—y decid si sonó en vano el grito de libertad del romanticismo, eco de aquel otro del Renacimiento, dos ó tres siglos antes.

La nota romántica, surge aun de los mismos lodazales del vicio; por eso no pudieron ocultarla Fantine, Salambó, Manon Lescaut, Saffo, Nana y otros como ellas, víctimas de su misma fibra sentimental.

Qué otra cosa sino deliquios del alma, son las angustias de Sergio Mounet, al pie del altar, cuando ya entregado su espíritu á la Iglesia—su esposo—arrepentido y lloroso, ve aparecer la imagen adorada de su Virgen del Paradiso, y aquel suave olor á incienso y á santidad, se convierte en perfume de flores odorantes y vahos de doncella agreste, sana é inmaculada? Y qué otra cosa, sino notas románticas, puras, son el sacrificio de este desdichado que tuercó el curso de su naturaleza y abandonó, por fin, á la infeliz Albina, que acaba maldiciéndole y se encierra en su habitación, para morir ahogada con los perfumes de las flores de aquella silvestre región imaginaria?

¿Gloria, la heroína de Galdós, será el único caso de que la mujer presente al amor y al amante, y al abrir la ventana de su oído, aspire el aire de la mañana, escuche ruidos de alguien que llega para llevarse, y oiga voces dulcísimas que no se parecen á lo escuchado hasta entonces?

Cecilia Belinchon, en el Cuarto Poder, enamorada locamente, del amante de su hermana, nos proporciona otro rasgo de idealismo, al salvar la honra de ésta, que sorprendida por su esposo, acepta el sacrificio y huye por otra puerta, hacia su recámara, mientras la heroína Cecilia cae en las rodillas del duque, al abrirse la puerta de la estancia y aparecer en ella, un semblante diabólico y una arma vengadora.

Hermosa página es aquella en que Theuriot, hace decir estas frases á su Adriana, que sorprende el amor de su esposo, con su protegida: "No tengo ni fuerza ni valor para deciros todo lo que pienso de vosotros..... Jamás os he deseado más que bien, y vosotros habéis emponzoñado mi vida..... Ahora, no tengo más que un deseo: jirme de este mundo, lo antes posible!"..... y aquellas otras palabras de Dionisia, la otra víctima: "vida mía, sé bueno con tu salvajona, no la dejes ir como un pobre perro! Bien sabes que no tengo á nadie más que á tí en este mundo! No me digas que es imposible! se puede todo lo que se quiere.....!"

¡Oh y Mireya, moribunda, cuando dice: "Hermoso amigo mío ¿de dónde vienes? Dí, ¿te acuerdas de aquella vez en que hablamos, allá abajo, en la granja, los dos juntos, sentaditos bajo el parral? Si algún mal te aflige, me dijiste entonces, corre luego á las Santas Marías, y tendrás pronto consuelo y alivio. ¡Oh querido Vicentel que no puedas ver en mi corazón, como dentro de un vaso! De consuelo, desanto consuelo rebosa mi alma..... es un arroyo que no cabe en su cauce. De delicias de todas clases, de gracias y dichas está colmado. De los ángeles del buen Dios entreveo los coros....."

El mismo abate Prevost, en el estilo material y abandonado de su Manon, tiene frecuentes episodios de sentimentalismo, al llorar los infortunios del caballero de Grioux. La peregrinación de los amantes por los desiertos de Luisiana y la muerte de Manon, consumida por la fiebre, son páginas llenas de tan melancólica poesía, que no han podido menos que servir de tema para obras de arte musical de imperecedera memoria.

Bourget, á su vez, es víctima de las sensaciones espirituales y de los escrúpulos del amor casto, cuando se resiste á aceptar el cariño que le ofrece la hermanita de Alina. Confiesa que sufre una especie de Hamletismo sentimental, y dice: "No poseemos más que limitada fuerza vital al servicio de las facultades de nuestra alma." En efecto, Bourget, como todo artista se complace en practicar el arte de mortificarse el corazón; en medio de la sensualidad de sus pasiones, deja vagar el espiritualismo que todo lo embellece y decora.

Maupassant, exclama al terminar su "Notre Cœur": "¡Ah! por qué no se encuentra jamás lo que se sueña, y sólo tropieza siempre, con aproximaciones!" En otra página, después de un rompimiento casi brutal, por lo resuelto, y un intervalo de ausencias y olvidos, André Mariolle, celoso siempre intriguado por la coquetería y el carácter incomprensible de Madame Búrne, levanta del suelo de la calle, un pedazo de periódico, que tiene al margen las siguientes letras, medio borradas: "Venid.... yo.... á las cuatro...."; palabras que no fueron escritas ni por ella, ni para él, sino por una mano cualquiera.

Lo inesperado del caso, el misterio de la incompleta frase y los recuerdos de otros días mejores, aturden su cerebro y su corazón, y con escaso pudor y ninguna reflexión, escribe á la mujer olvidada, las siguientes palabras: "Quisiera saber lo que pensáis de mí. Yo, no puedo olvidaros."

He aquí un eslabón inesperado que viene á unir la rota cadena de una pasión interrumpida. Le era problemático el incidente y antirealista, si se quie-

re, pero en cambio resulta ser un detalle tan bello como necesario; una pincelada de artista que cierra con broche de oro la página literaria de la novela.

Los Goncourt, esos apóstoles del naturalismo, han demostrado en su obra más celebrada "Germinia" que es imposible que exista el impulso de la carne, en su parte bestial solamente. Esa joven histérica, é indulgente, á más no poder, con los apetitos de su cuerpo, lucha, desde que tiene conciencia de su sexo, para conseguir apagar, con un poco de espiritualismo los clamores de la carne, que al fin la llevan al pequeño decaimiento y mártir nada más que porque habiendo podido encontrarse en un medio más decente, tuvo que aceptar el que la desgracia le deparó. Germinia es la locura del placer ahogada, al fin, por el grito de protesta de su alma tierna y bondadosa. El recuerdo constante de la señora de Varandeuil, su segunda madre; los frecuentes accesos de honradez y de pudor, y el odio que le inspiraban sus desgracias, he aquí la nota romántica que convierte en poesía, tanta trivialidad.

Aquí como en "Notre Cœur," hay un brochazo, sentimental, que nos hace sufrir y gozar á un mismo tiempo; he lo aquí: La señora de Varandeuil, la castidad austera, en persona, tiene piedad de Germinia ya muerta, y acude al Cementerio, para rezaren su tumba; pero después de inquirir inútilmente, cual de las cruces de la fosa común, es la de su hija adoptiva, se deja caer de rodillas en la nieve, entre dos cruces, una del día 9 y otra del día 10, sin saber á punto fijo, cual era la de Germinia; allí se pone á orar á la casualidad, á una de las dos, á cualquiera de ellas, tal vez á ambas, "como si el destino de la pobre joven, hubiera querido que no tuviese, en la tierra, mejor espacio para su cuerpo que para su corazón....."

Flaubert, también, el maestro de Zola, el que se excede en componer y pulir sus obras, al grado de emplear doce años, en el arreglo de una de ellas, termina su Salambó, con la escena más romántica é imprevista que pudiera salir de la pluma de un fundador del realismo.

Y porque existen episodios y páginas con estas sugerencias románticas, por eso han de ser perdurables esas y otras obras de escritores enemigos del romanticismo.

En cambio, Eugenio Sue, Jorge Sand, Barbey d'Aureville, Julio Verne, Leconte de L'Isle, Margueritte, Ohnet, Loti, Sardon, Coppé, Catulle Mendés, Flammarion, Claretie, Tourgueneff, Daudet, Dumas hijo, Gorki, Pereda, Palacio Valdés Valera, Jorge Isaacs, León Mera, Palma, Zorrilla de San Martín, y entre nosotros, Gutiérrez Nájera, Rafael Delgado, Federico Gambra, Manuel Othón, Amado Nervo, dejan correr su pluma, sin traba alguna; por los hermosos campos en que domina el espíritu sin atreverse á arrancar algunos de los pasajes de sus obras que hasta cierto punto, desmienten la intención realista, porque leídas y releídas las impresiones románticas que se deslizaron, resultan pequeñas joyas que sería un crimen destruir.

IV.

El escritor naturalista, procede, para escribir sus novelas, en esta forma:

Se propone hacer girar sus personajes, en un medio determinado, por ejemplo, entre los banqueros, los profesionistas, los mercaderes, los lacayos &c. Su primer cuidado, es disfrazarse, según las circunstancias, vistiéndose con el ropaje acostumbrado por el tipo que va á describir, irse con él, vivir con él, tomar apuntes de sus hábitos, su modo de discuir, su lenguaje propio, su idiosincracia. No pasa por alto una sola de sus ocurrencias, de sus picardías, sus infamias. Después le da lugar en el escenario de su libro y lo presenta al público, como un documento humano.

Si se limitara á contar lo que ve, tal vez sería, con razón, un cronista de naturalismos, pero como con esto no saltaría novela, ni mucho menos novela de interés, teje una trama ficticia, con los diversos documentos que ha recogido y hace apreciaciones sobre sus